



Tendido por tierra cuan largo era.

este acontecimiento por punto de partida, habían arreglado ya sobre él una bonita novela.

Solamente que estos, los bien informados, se dividían en dos clases.

Los unos decían que el barón había sido asesinado por su joven esposa; los otros, que lo había sido por el amante de su mujer.

Y la verdad era que el barón no había sido asesinado por nadie.

Sino que se había caído simplemente, atacado quizás de repente por alguna congestión cerebral ó por cualquier otro accidente de esta naturaleza.

El doctor Ozam, que se hallaba entre los convidados, hizo salir las gentes del corredor, cuyas puertas mandó cerrar, y empezó á desempeñar su humanitario ministerio.

Desde luego, en el primer exámen que hizo, reconoció inmediatamente que Matifay no estaba muerto, sino simplemente desvanecido, y haciéndolo colocar sobre el diván que guarnecía toda la longitud de la galería, comenzó á suministrarle la asistencia y primeros socorros que su estado exigía.

No dejó arrimarse á aquel lecho improvisado sino á las per-

sonas absolutamente indispensables para ayudarle, y rogó á las demás que se retirasen, lo cual le valió el ser tratado de charlatan por los curiosos despedidos y chasqueados.

Cipriana, mil veces mas hermosa con sus cabellos destrenzados y su palidez mate, se había colocado á la cabecera del paciente.

Este acontecimiento, que para todos, aun para el médico mismo, no era sino efecto de una causa natural, para ella era debido á los amigos desconocidos, y no sin algun terror pensaba y se decía :

— ¿Es posible que sea su poder tan grande que se extiende hasta sobre la apoplejía y la muerte?

Matifay abrió sus ojos moribundos, y enderezándose convulsivamente, con la mirada extraviada, los cabellos erizados, señaló un punto de la pared, exclamando :

— ¡Allí! ¡Allí!...

Un curioso se dirigió al punto de la pared indicado, lo golpeó en todos sentidos, y el sonido era lleno y mate como el de una pared sólida y compacta.

— ¡Era una vision! suspiró Matifay, tranquilizado con aquella prueba.

— ¿Vision de qué? le preguntó despacito el doctor Ozam.

Pero Matifay no quiso responder, y los curiosos tuvieron que contentarse con aquella explicacion insuficiente y confusa :

« Es una vision. »

Trasladaron al enfermo á su cuarto, pero aun cuando su estado no fuese alarmante ni de gran cuidado, no quiso que lo dejaran solo ni un instante, y durante su sueño, que fué bastante tranquilo, la persona que lo velaba advirtió que movía los labios como un hombre que está rezando, y que en esta especie de oracion, repetía un nombre á cada minuto :

— ¡Elena! ¡Elena!

XVI

EN EL CUARTO DE MADAMA LAMOUREUX, RENTISTA.

Este cuarto está alfombrado, entapizado y tan caliente como un nido.

En el hogar de la chimenea se ve arder un fuego alegre, cuya llama se refleja caprichosamente en las colgaduras y en el cortinaje, coloreando de vez en cuando, con sus resplandores de un reflejo sonrosado, el blanco mate del reló de mármol que está sobre la chimenea y los vasos de China llenos de flores artificiales.

Estamos pues en aquel mismo cuarto en que ya hemos introducido al lector acompañando á Ursula.

El cuarto de madama Lamouroux, rentista y propietaria.

No se oye el menor ruido, — nada mas que el chisporroteo de la leña que arde, que algunas veces se parece al de una carretilla de cohetes, y el respiro acompasado y casi imperceptible de una niña que está durmiendo en el interior de la alcoba, á la extremidad del cuarto.

La niña dormita tranquilamente, y su pequeño y enmagrecido rostro está casi oculto entre los pliegues y huecos de la almohada.

Se diría que era una muñeca que mamá, por divertirse, ha acostado como una señorita, en la cama grande, en vez de ponerlo en la cuna.

Sí, es en verdad una niña; la sonrisa de su sueño es de una ingenuidad que encanta; pero una ligera arruga que se advierte en su frente y las anchas venas azules de su garganta descubierta, causan tambien una tierna y desconsoladora tristeza.

¡Pobre Pippione!

Duerme, sonrie, sueña. Hace quince dias que se adormece en un descuidado bienestar.

La pobre criatura ha sufrido tanto, que las mas simples caricias, las mas indiferentes atenciones que se la hagan, le parecen cosas del paraíso.

Los seres desconocidos que flotan como la niebla por encima de su cabecera y se pasean por el cuarto con pasos amortiguados por el mullido espesor de la alfombra, se le figuran ángeles.

Hace quince dias, desde aquella noche de terror y espanto en que vió á su pobre Mistigris con la cabeza aplastada en las baldosas ensangrentadas del cuarto, su vida no ha sido, por decir así, sino un sueño continuado.

Uno de esos sueños que se procura hacer durar, por el encanto que en si tienen.

Algunas veces, al levantar sus pestañas, ha visto inclinados sobre su cabecera los rostros simpáticos de algunas personas : de tres solamente.

El de una señora anciana, con vestido de color de hoja seca, y cuyos largos rizos á la inglesa, de color rubio de lino, le caían sobre sus hombros.

La cabeza inteligente y distinguida de un hombre de cuarenta años, con su frente calva, pero en cuyos ojos se distingue un brillo juvenil, — el de la inteligencia.

Y en fin, el rostro moreno de un hombre de veinte y cinco años, hermoso como el del serafín vencedor, aplastando con su pié la cabeza del demonio.

La pobre Pippione no podría dar nombre á estos seres protectores.

Para ella son de esos seres misteriosos que vemos en nuestros ensueños, tres apariciones, tres genios bienhechores.

Su cerebro, turbado por la calentura, está todavia muy débil.

Pero nuestros lectores habrán reconocido ya á madama Lamouroux, al doctor Ozam y á M. José.

La Pippione duerme y no quiere despertarse, porque teme hacer huir esas apariciones celestiales y volverse á encontrar de nuevo en el lóbrego cuarto de Chinela, tiritando de frio debajo de las raidas mantas de su cama, y en aquella tenebrosa oscuridad que la causa tanto miedo.

Sin embargo, el pensamiento, victorioso en su lucha con la calentura, empieza á sacudir su inercia, y las fibras de su cerebro dolorido comienzan á recobrar su elasticidad.

Con el pensamiento le vuelve el recuerdo, confuso, es verdad, pero bastante claro para poder discernir los menores incidentes de lo que ella cree ser un sueño.

Pesadilla al principio; al fin, vision.

Se ve acurrucada en el desnudo suelo, teniendo entre sus brazos convulsos al pobre Mistigris frio y muerto.

Considerad que para ella este animal era una muñeca, un amigo, casi un hijo.

Como todas las impresiones humanas, el dolor es una cuestion relativa.

La muerte de Mistigris habia sido para esta pobre niña, que no conocia ninguna de las afecciones reales de la vida, tan penosa como puede ser para una madre la muerte de un hijo mimado y querido.

Despues, — y aqui concluye el sueño y empieza la vision, — la bohardilla se iluminaba de repente y un gallardo joven, tan hermoso como nunca habia visto, adornado con

todas las elegancias del rostro y del vestido, entraba en aquel inmundo tabuco.

Esto era bien un sueño, ¿no es verdad? ¿Cómo era posible que tal finura y elegancia se hallase en contacto con el miserable y sórdido Chinela?

La entrada de este prófugo del barrio de San German en el desvan de la calle de Rambuteau, era la historia mágica de aquel príncipe que llegó á descubrir que bajo la grosera capa de Piel-de-Asno se hallaba encubierta una princesa.

Y sucedió que este gallardo jóven era además muy bueno, y que sabía decir palabras, dirigir miradas y tenía modulaciones de voz como jamás en su vida había escuchado ni visto la Pippione; que era omnipotente y libertador, y como el que en todos tiempos, en los libros y en los cuentos liberta á las bellas encantadas en los bosques y triunfa de los encantadores malandrines y follones.

Y despues... ¡Oh! despues, ¡qué éxtasis! La Pippione se sentía envuelta en el dulce calor de una capa, sostenida por dos brazos suaves y á la vez vigorosos; transportada á un sitio en donde se hallaba muy bien y estaba muy abrigada.

Despues ya no veía mas que esos tres seres flotando entre los vapores de su sueño.

La señora de cabellos de color de lino.

El sabio de la frente pensativa.

Y el hermoso jóven, tan dulce y tan austero al mismo tiempo.

Así es que la Pippione no quería despertar de su sueño, por temor de volver á caer desde esas alturas doradas en el fondo de la horrible realidad.

¡Oh! sueño querido, dulce sueño, sueño clemente, consolador de todas las penas, cuna inefable de todas las tristezas, tú que te asemejas á la muerte y que, sin embargo, eres la vida, pues que das el goce de la inercia y el de la sensación precisa de esta misma inercia.

Estar muerto, es decir, verse libre de todas las angustias y contratiempos de la vida, y estar, sin embargo, vivo y poder gozar por todos los poros de ese apaciguamiento indefinido.

Las poéticas religiones de la antigüedad te representaban bajo la forma de un gallardo jóven deshojando adormideras, esas pálidas rosas que también hacían deshojar por los dedos de una bella jóven melancólica: la muerte.

— Morir... dormir..., decía Hamlet.

Y con la frente arrugada, añadía con terror: Es soñar quizás.

Es que el sueño suyo era una pesadilla llena de tinieblas, de remordimientos, de venganzas, de sangre.

Si la Pippione hubiese tenido la seguridad de poder continuar en aquel lecho de donde nunca se sale, el sueño delicioso de aquellos quince días últimos, al revés de Hamlet, habría exclamado sin duda:

— Dormir... morir..., pues que se sueña...

Y ella se volvía suavemente en su lecho, forzando á sus ojos á permanecer cerrados y jugueteando con los tintes diversos de la luz al través de sus párpados transparentes.

En este estado incierto que ni es sueño, ni desvelo, ella iba dirigiendo su ensueño y haciéndolo pasar como un arroyuelo por mil vueltas y rodeos caprichosos para conducirlo á donde su imaginación quería.

Y gracias á esta realidad ficticia, impregnada con todas las extravagancias de un sueño, le parecía que eran estas extravagancias la verdad y la realidad mismas.

Así, en esta novela que ella se había compuesto, la señora de los cabellos rubios cenicientos era su madre.

¡Su madre! palabra llena de desconocidas ternuras que ella se había repetido bien á menudo á sí misma, dirigiéndola, como una oración, á no sé qué ser sobrenatural.

¡Una madre! ella no sabía lo que era una madre mas que lo que era un serafín, pero su instinto le hacía adivinar que debía de ser una cosa muy buena.

¿Pues quién había sido bueno para ella hasta este día mas que la señora de los cabellos cenicientos?

Luego, según la lógica irrefutable de su ensueño, la tal señora debía ser su madre.

En cuanto al gallardo mancebo, la sensación era mas confusa y mas delicada, y la Pippione no habría sabido decir qué lazos lo ligaban á ella.

No era mas que una niña, y una niña enfermiza, cuyos sentidos no desarrollados todavía no habían despertado al corazón.

Solamente se daba una cuenta exacta de las diferentes impresiones que hacían nacer en ella las tres visiones que se le aparecían en sus sueños.

Cuando el hombre de la frente calva inclinaba sobre ella su cabeza inteligente, entonces descendía sobre ella una tranquilidad profunda; se sentía firme, segura, su sangre circulaba con menos violencia, y pasando sobre su frente un soplo refrescante, arrojaba de ella el vértigo y el delirio.

Cuando era la señora de los cabellos cenicientos, sentía grandes deseos de echarle los brazos al cuello — si se hubiese atrevido — y de abrazar aquella visión con apasionada ternura.

Pero cuando era el jóven moreno, al contrario, tenía miedo, pero un miedo que le causaba placer al mismo tiempo: sentía refluir toda su sangre al corazón, experimentaba cierta angustia y murmuraba despacito:

— Es él.

Así soñaba y así dormía la Pippione en la vaga oscuridad de este cuarto alumbrado únicamente por el fuego de la chimenea y los vacilantes resplandores de sus llamas.

La puerta del cuarto se abrió despacito, dejando pasar al principio un pequeño rayo de luz que, agrandándose poco á poco, formó un círculo luminoso en el pavimento, y se oyó el amortiguado paso de una persona que entraba, llevando en sus manos una lámpara cubierta con su pantalla.

Despues de haberla colocado con precaución sobre la chimenea, esta persona se acercó al lecho de la Pippione para ver si dormía, y abriendo esta sus ojos vió inclinado y tocando casi con su rostro, el del simpático José.

En este momento estaba ella bien segura de que no dor-

mía: luego ¿no eran una ilusión todos los éxtasis y deliciosos ensueños de aquellos quince días?

José estaba vestido como lo había visto la primera vez, con un traje elegante. Venía entonces del casamiento de Cipriana y estaba muy pálido.

Pero en medio de su profunda tristeza, pudo hallar, sin embargo, una sonrisa.

— Vamos, le dijo, parece que esto va mejor.

A aquella sonrisa, la Pippione le correspondió con otra, dulce y pálida como los primeros rayos de un sol del mes de marzo, y le contestó:

— ¡Vos sois tan bueno!

« Sois tan bueno » eran las primeras palabras que ella había dicho á José, y se hallaba tan conmovida, que no habría podido encontrar otras.

José arrastró un sillón y se sentó cerca del lecho.

En las horas en que se siente el corazón lastimado, se busca — hablo de los buenos — algun consuelo por medio de una afección cualquiera.

Se siente la necesidad de amar á alguien, aunque sea á un perro; y las lágrimas vienen naturalmente á los ojos. Se llora con gusto por la muerte de un pájaro, aun cuando este pájaro no sea el gorrion de Lesbia.

Pero no hay que engañarse, esto no es mas que un pretesto.

Se llora por la pena secreta que se tiene en el alma, pena que por su intensidad ha dejado el corazón y los ojos secos.

Una lágrima se asomó á los ojos de José.

— ¡Pobre niña! dijo despacito.

La Pippione inclinó lánguidamente su cabeza, y volviendo hacia él sus ojos azules que rodeados de unas profundas ojeras de un color oscuro de violeta, hacían parecer mayores, le dirigió una expresiva mirada.

Mirada mas elocuente que todas las frases, y que José comprendió, porque con un estremecimiento casi paternal estrechó á la niña contra su pecho y le dijo:

— Habéis sufrido mucho, sí; pero ya se han acabado vuestros padecimientos.

Ella se dejó caer entre sus brazos, pálida como una muerta.

Hubiérase dicho que aquella casta é inocente caricia la destrozaba; y toda su alma pasó á sus labios al decir:

— ¡Gracias!

— Estais mucho mejor, le dijo M. José con tono de cariñosa reprensión, pero necesitáis todavía reposo: vamos, tratad de dormir.

Esta recomendación le hizo acordarse de las amistosas disputas de Ursula, y se sonrió:

— No, le respondió con la mayor sencillez, estoy bien así; dejadme miraros.

— ¿Mirarme? dijo José admirado.

— Sí, respondió ella candorosamente, porque sois bueno, sois bello, y yo os amo.

En boca de una niña, estas palabras no tienen significación importante, y la Pippione no era todavía mas que una niña.

Si ella hubiese amado á José con cierta clase de amor, de seguro que no se lo habría confesado con tanta franqueza é ingenuidad.

Así es que José no vió en estas tres palabras — yo os amo — mas que el agradecimiento natural de la Pippione.

— Pues si me amais, es menester probármelo, le contestó, obedeciéndome y estando quietecita, según lo ha encargado el doctor, y sobre todo no hablar, porque eso os fatiga. Pero ya que no podeis dormir, ¿quereis que os lea alguna cosa?...

Y al mismo tiempo se levantó para ir á tomar un libro de encima de la mesa.

— No, replicó la Pippione, prefiero que me habléis, me gusta mas oír vuestra voz, se me figuraría que al decirme el sentimiento de otro, no erais vos el que me hablábais.

M. José se detuvo nuevamente, sorprendido por aquella delicadeza, muy extraña por lo menos, en una niña salvaje, por decirlo así, como la Pippione.

Una duda, una idea rápida como un relámpago atravesó por su mente; pero la desechó en seguida. No era un fátuo, y por otra parte, repito, la Pippione era una niña.

— Entonces, le dijo, os voy á contar un cuento; ¿qué os parece?

— Como gustéis, respondió la Pippione, con tal de que me habléis.

Una idea repentina se le ocurrió á M. José.

¿Por qué no se aprovecharía de aquella ocasión para tratar de despertar en aquel cerebro de niña la imaginación adormecida, haciéndola acordarse de algunos acontecimientos anteriores de su vida infantil?

Sin duda la prueba sería inútil. El que esta miserable pupila de un saltimbanqui italiano fuese precisamente la hija de Elena de Rancogne, sería cosa milagrosa...

A pesar de todo, M. José sintió cierta sensación interior, cierta vaga esperanza, y no era esta la vez primera que él había pensado en estas extrañas coincidencias.

Que la Pippione fuese hija de Chinela, eso nunca lo había creído.

Había diferencias muy notables que separaban á esta niña rubia, que antes hemos comparado á una Miñon del Norte, del tipo acentuado del tiritero napolitano.

La delicada forma de sus piés y de sus manos, la de su ondulosa garganta, la de sus facciones finas como las que los buriles ingleses solamente saben reproducir, indicaban claramente el origen aristocrático de esta niña.

¿Por qué caprichos del azar había venido á nacer esta flor delicada en el grosero muladar de Chinela?

Blanca de Rancogne había muerto en Nápoles.

Y de Nápoles era de donde venía la Pippione.

Ciertamente que todos estos indicios eran bien vagos, y M. José no les daba mayor importancia de la que tenían.

Pero la esperanza es tenaz é involuntaria, y M. José la tenía.

— Bueno, pues os voy á referir un cuento.

Y la niña, vuelta hacia su lado, se puso á escucharle con

la mayor atención, bebiendo, por decir así, sus miradas y sus palabras.

— Había una vez, empezó á contar José, conformándose con la locucion generalmente usada en estas historias infantiles; habia una vez en otro tiempo, una niña llamada Blanca.

— Blanca, dijo la Pippione á media voz.

— En Italia dicen Bianca, replicó José, pero aquí en Francia decimos Blanca, y la niña del cuento era francesa.

Blanca no tenia madre, y por eso se la habian entregado á un hombre malo que la retenia cautiva y encerrada en una casa sombría y triste.

Era un antiguo castillo, con sus grandes torres arruinadas, aislado en medio de un estanque negro y grande, rodeado de altas colinas cubiertas de árboles.

De aquella casa salia continuamente un ruido de hierro que pegaba sobre hierro, de martillos sobre yunques, de fuelles que daban grandes resoplidos, de metal derretido hirviendo en las calderas, de pasta incandescente que silbaba en el agua fría.

Por la noche, toda la casa se encendia como una hoguera, y algunos hombres medio desnudos, cubiertos de sudor y con una actividad diabólica, se agitaban, iban y venian en medio de las llamas, como los diablos del infierno.

Todo esto le daba mucho miedo á la niña Blanca.

Hasta entonces, la Pippione no habia escuchado mas que el sonido de la voz de M. José, sin prestar grande atención al sentido de las palabras que pronunciaba.

Pero aquella descripción, hecha expresamente para producir efecto, pareció como que despertaba en ella el recuerdo de algunas cosas parecidas á estas escenas que antes habia visto, quizás en la otra vida, y alzándose sobre el codo abrió todavía mas sus grandes ojos, como si tratase de recoger en lo pasado alguna vision desvanecida.

Este movimiento no se le escapó á M. José, cuyo corazón dió un brinco, pero continuó con voz tranquila:

— La niña Blanca estaba mala, muy malita, pero desde su cama oía el ruido seco de los martillos y el ruido infernal de las máquinas.

Por delante de su cabecera desfilaban unos señores vestidos de negro que le tomaban el pulso, le miraban los ojos y cuchicheaban después entre sí gravemente en un lado del cuarto.

Luego, una mañana, ¡chis! ¡chas! y al mismo tiempo se oyó el alegre ruido de los cascabeles debajo de la ventana de su cuarto, la envolvieron en un abrigo entretelado de algodón y se la llevaron desfallecida y medio muerta á un coche muy bonito, en donde su tutor se sentó á su lado.

Ese tutor era un hombre malo; se esforzaba por parecer y aparentar ser bueno con Blanca, pero por mas que hacia, la niña no le amaba.

En primer lugar era feo, muy feo. Pero si hay fealdades que agradan, la suya repugnaba; figuraos una cara pálida, arrugada, con unos ojillos cubiertos con una piel viscosa

como los de las serpientes, cabellos de un rubio sucio, pegados á las sienes como una peluca, y unos grandes anteojos de oro, detrás de cuyos cristales ocultaba su mirada vi-driada.

¡Tú eres, Matifay! M. José se vengaba un poco en este momento de su rival, de la pena que le causaba su casamiento con Cipriana.

Bien fuese por efecto de la entonacion áspera que dió M. José á esta parte de su relacion, ó bien porque el recuerdo iba renaciendo y precisándose, la Pippione se estremeció y pareció agitada por un movimiento convulsivo, moviendo sus pálidos labios como si quisiese hablar.

José continuó:

— ¡Chis! ¡chas! andando. Los látigos chasqueaban, los cascabeles sonaban, los postillones cantaban. ¡Adelante! ¡adelante!

Y la bonita Blanca, asomada á la ventanilla del carruaje, veia desfilan los árboles, las casas y los campos llenos de flores.

Atravesaban por medio de grandes ciudades, en donde habia mucho movimiento y mucho ruido, pueblos pequeños y aldeas llenas de sol.

Los chicuelos estaban apostados á lo largo del camino y pedian un cuarto á los viajeros. ¡Chis! ¡chas! ¡Oh qué viaje tan bonito!

Y sin cesar el cielo tomaba un color azulado mas vivo, el sol era mas ardiente, el aire mas trasparente y las aguas mas límpidas.

Después vino el mar, el mar indolente, tranquilo, con sus azuladas olas que hacian balancearse los barcos como una cuna.

Luego un paisaje muy lindo, sembrado de casas blancas como la greda, en medio del oscuro verdor de los olivos y naranjos, y por encima de todo esto un cielo de un azulado terrible, casi negro, en donde siempre brilla el sol.

M. José se interrumpió.

Acababa de abrirse una segunda vez, sin ruido, la puerta del cuarto, en el que entró madama Lamouroux, propietaria-rentista.

Las cortinas de la cama impedian á Pippione el verla, y madama Lamouroux, poniendo un dedo sobre sus labios, hizo señas á M. José para que no se diese por apercibido de su presencia.

Singularmente conmovida la niña por esta relacion tan simple, parecia que esperaba con impaciencia la continuacion del cuento.

Pero José se callaba.

— Vamos, dijo con vivacidad la Pippione, ¿y el fin?

José se sonrió y le dijo:

— Veamos si teneis bastante imaginacion, Pippione. A vuestra vez, contadme, segun podais, á vuestra manera, el fin de la historia de la niña Blanca.

XVII

LA PIPPIONE CONTINÚA EL CUENTO.

Madama Lamouroux continuaba estando de pié á la entrada de la puerta del cuarto, y esperaba ansiosa, como se espera una sentencia de vida ó de muerte, las primeras palabras de la niña.

Esta rompió al fin el silencio diciendo:

— Pues yo no sé.

— Probad á ver, le contestó con dulzura José.

— Yo no tengo talento para eso, y no sabré inventar cuentos como vos. Sin embargo, mientras que me estabais hablando, ha pasado en mi interior algo de particular; se me figuraba que era mi propia historia la que estabais contando.

Esto sin duda es una locura, porque esos recuerdos son tan oscuros y vagos, que no me dejan sino la confusa impresion de un sueño; pero esa casa resplandeciente con esos ruidos, la he visto yo en alguna parte.

Sí, me acuerdo particularmente de ese estanque cubierto de juncos, que se iluminaba por la noche con ráfagas de luz rojiza.

Me acuerdo de esas colinas elevadas cubiertas de verdor casi negro, y de ese cielo pardo en donde se veian flotar continuamente espesas nubes de humo negro.

Me acuerdo de todo eso, del coche, de los cascabeles, del paisaje desfilando ante las ventanillas del carruaje, y del mar, y de ese hermoso cielo azul que fué para mi como la revelacion de un mundo nuevo. Sí, de todo eso me acuerdo.

Madama Lamouroux, en éxtasis, juntaba las manos y balbuceaba despacito:

— ¡Dios bueno! ¡Dios omnipotente! soberano Señor de las estrellas, ¡es ella!

Y probablemente por madama Lamouroux fué por quien José interrumpió á la Pippione, é intercaló esta frase dudosa:

— Deciais que no tenais imaginacion, Pippione; pues ya veis bien cómo os engañabais, puesto que una historia puramente imaginaria ha podido llamaros la atención hasta ese extremo.

Madama Lamouroux se dejaba arrastrar por una esperanza, engañosa tal vez, y José queria evitarle el disgusto de una desilusion probable.

La frase de José produjo el efecto de un chorro de agua helada, no solamente sobre madama Lamouroux, sino sobre la misma Pippione, que contestó despacito:

— Es verdad, me he dejado impresionar, sin duda, por

vuestro cuento, imaginándome haber visto ya todos esos lugares que yo no distinguia sino al través de vuestras palabras.

¿Qué quereis? es menester perdonarme, porque, ¿qué es lo que les queda á los desgraciados sino el recuerdo de sus sueños?

Yo tambien me llamo Blanca, y al oiros pronunciar ese nombre esperaba...

El viejo Chinela me ha dicho muchas veces que yo habia nacido para ser rica, y he creido por un momento que el buen Dios habia hecho en mi favor el milagro por completo, y que os seria deudora de todo, de la salud, de la dicha, de mi madre...

¡Cree uno tan fácilmente lo que desea! y yo habria sido bien dichosa de seros deudora de todo...

Dejóse caer en seguida sobre las almohadas, y se siguió un silencio tan profundo, que hubiera podido oirse el ruido que hacian los labios de madama Lamouroux, como si dirigiese una plegaria al cielo.

José volvió á levantar la voz de nuevo diciendo:

— Vamos, Pippione, ¿y el fin de la historia?

La niña parecia como si se despertase de repente, y contestó:

— Yo no podré inventarlo; pero á la verdad, vuestra historia tiene tanta semejanza con el principio de la mia que, para concluir-la, no tengo mas que contáros-la.

De lo mas lejos de lo que yo me acuerdo, ó mas bien de lo que me acordaba antes que hubierais hecho revivir en mi alma esas imágenes brumosas de un pasado que ignoro, me veo corriendo y jugando con otros niños de mi edad en el puerto de Nápoles.

Yo creia entonces que era hija de Chinela, y no me sentia muy desgraciada.

En Nápoles se vive barato, no es como aquí: yo nunca tenia hambre, ni frio, y la felicidad de los pobres no consiste mas que en una cosa: en no padecer.

Chinela tambien era dichoso, y por lo tanto no era malo. Cantando siempre ó improvisando en las plazas, batelero ó pescador cuando la ocasion se presentaba, no ocupándose de nada mientras habia alguna monedilla de plata en su chaleco.

Fué en aquella época, cuando por su desgracia y por la mia conoció á Monna Feretti.

Era una mocetona de Transtevere, negra como un cuervo, atrevida como el diablo, y muy bella, segun decian.

Yo no sabia si lo era ó no, solo sí, que me causaba miedo.

Durante la noche me despertaba algunas veces con el ruido que armaban en sus disputas en las que se amenazaban de darse de puñaladas.

Durante el dia y mientras que Chinela andaba recorriendo la ciudad ó la campiña para ganar, Dios sabe por qué medios, el dinero de que se mostraba muy codiciosa la Monna, ella permanecia en casa conmigo.

Estos momentos eran precisamente los que yo mas temia.

Cuando estaba Chinela delante, aun cuando ella hacia lo que le daba la gana, se contenia sin embargo; pero cuando